



El presidente en su laberinto

Las idas y vueltas en política comercial ya comienzan a tener impactos negativos en las variables que se querían evitar que se afectaran.



Nadie puede asegurar cuáles serán las siguientes medidas a tomar, pues no obedecen a una lógica económica, sino al estado de ánimo del presidente.

Parafraseo el título de la novela del Nobel de la Literatura Gabriel García Márquez, imaginando las insondables conversaciones que debe tener el presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, con sus asesores y consigo mismo, luego de sus primeros 100 días y sus múltiples idas y vueltas en materia económica y de comercio exterior, y más complicado aún con sus políticas internas, que ameritan un tratado aparte sobre cómo perder popularidad y aliados entre sus propios votantes. Me ceñiré a lo económico, que es lo que más atañe a nuestra realidad inmediata, sin dejar de reconocer que sus acciones de política interna afectan duramente la institucionalidad y la democracia de un país que se presentaba no solo como el defensor de la libertad económica, sino también de los principios democráticos y libertades humanas básicas.

La lógica del país víctima de un concierto global de malas prácticas comerciales que han hecho que EE. UU. tenga un importante déficit comercial en bienes y, con ello, desindustrializado a EE. UU., es un análisis insu-

ficiente. Es cierto que la manufactura pasó de 16% de su PBI a 11%, entre 1997 y 2021, según datos del Banco Mundial, pero el sector servicios creció durante el mismo período de 72% del PBI a 77%. Lo que podría sugerirnos una mayor especialización en el comercio de servicios.

La balanza comercial de bienes de EE. UU. es negativa de larga data, pero un observador más acucioso debe observar la balanza en cuenta corriente completa, ya que ésta refleja tanto el comercio de bienes como el de servicios (transportes, viajes, seguros, telecomunicaciones, servicios financieros, etcétera), así como la renta de factores públicos y privados (los flujos financieros netos resultantes de la renta por inversión directa o de cartera, los intereses de préstamos de largo y corto plazo, bonos soberanos, entre otros), las transferencias corrientes internacionales (por ejemplo, remesas y donaciones). EE. UU. es un exportador neto de servicios; en el año 2023 alcanzó un saldo neto de exportaciones de US\$ 280 mil millones, alrededor del 31% de sus exportaciones son servicios, y dado su avance tecnológi-

co, no sorprende su especialización en un sector con ventaja comparativa.

Por otro lado, EE. UU. es un país con deuda creciente y bastante alta —alrededor de US\$ 36 billones, lo que conlleva un alto servicio de la deuda (intereses) que impacta en su balanza de cuenta corriente. Además, en el año 2025 tiene vencimientos de bonos del tesoro de US\$ 9.2 billones, alrededor del 31% de su PBI. Si bien este endeudamiento se hizo cuando las tasas de interés eran muy bajas, hoy, si quisiera refinanciar y reprogramar, se enfrenta a tasas de interés mucho más altas, lo que encarecería el servicio de la deuda. EE. UU., además, siempre ha sido atractivo para la inversión directa extranjera y la inversión en cartera. Los bonos del tesoro siempre fueron vistos como los activos de menor riesgo y el dólar no solo tiene valor transaccional para el comercio mundial, sino que ha sido la moneda de refugio. Parte del problema del país más rico del mundo es que no ha invertido en aumentos sustantivos de su productividad total, se ha permitido tener déficits fiscales permanentemente altos y se ha endeudado demasiado. Es como la historia de un padre de familia muy trabajador que logró hacerse rico a punta de esfuerzo, pero maleducó a sus hijos y nietos, que se dedicaron a malgastar la fortuna familiar y ahora quiere echarle la culpa a otros de sus pesares.

Las idas y vueltas en política comercial ya comienzan a tener impactos negativos en las variables que se quería evitar que se afectaran. La inestabilidad del mercado de capitales, la caída del valor de los bonos del tesoro y, con ello, el aumento de la retribución que les corresponde hacer, la pérdida de valor del dólar en los mercados internacionales, muestran la incertidumbre y desconfianza generada. La pérdida de credibilidad de la institucionalidad económica estadounidense es grave. El socio comercial que tenía algunos pocos TLC y era miembro desde su inicio del GATT y ahora la OMC, no cumple con sus compromisos. El destino de inversiones directas y de cartera dejó de ser estable y seguro; cualquier inversión se vuelve especulativa y de alto riesgo. La moneda con la que se hacen transacciones día a día pierde valor y las perspectivas de los próximos 4 años son inciertas, pues nadie puede asegurar cuáles serán las siguientes medidas a tomar, pues no obedecen a una lógica económica, sino al estado de ánimo del presidente, ya que no estamos seguros de que sus subalternos en el ejecutivo tengan el poder de decisión que su cargo ostenta. Desde nuestro lado, el de Perú, esperemos que las aguas se calmen y tomemos decisiones con tranquilidad y sin mucho aspaviento. Creo que Mincetur y Cancillería están jugando sus cartas dentro de este escenario incierto con la prudencia debida. Pero no olvidemos nuestro norte de mayor competitividad, atracción de inversiones y desarrollo de mercados alternativos, así como cuidar nuestro ahorro interno, público y privado.

“La lógica del país víctima de un concierto global de malas prácticas comerciales que han hecho que tenga un importante déficit comercial en bienes y, con ello, desindustrializado a EE. UU., es un análisis insuficiente”.

OPINIÓN



**MERCEDES
ARAOZ**

**Profesora en la
Universidad del Pacífico**



El presidente en su laberinto

P. 10